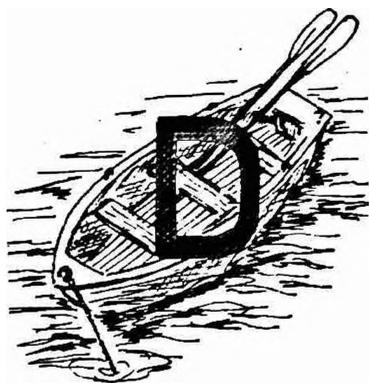


LA ARMADA ROJA DE GORSHKOV

Por
Mauricio SOTO Olivos
Emp. Civil
Armada de Chile.



ESDE 1975 surca el Mar Negro una amenazadora fuerza naval. Representa algo nuevo en los anales del poderío marítimo: el primer portaaviones puesto en acción por la Unión Soviética, que proyecta construir otros cuatro de 40.000 toneladas, capaces de desplazarse a 30 nudos y cada uno de los cuales deberá llevar 36 aviones de despegue y aterrizaje vertical, y algunos helicópteros. Esos barcos son únicos por el poderío de sus proyectiles defensivos. Tres sistemas de cohetes dan a esas naves tal potencia que pueden operar sin la acostumbrada cortina protectora de destructores y cruceros.

Los peritos navales de Occidente observan vigilantes los nuevos buques. Bastante preocupan ya otras embarcaciones soviéticas que recorren actualmente los siete mares. El elmut Schmidt, canciller de Alemania Occidental, reconoce que el Báltico es ahora un "mar ruso".

En mayo de 1976 el general George Brown, que preside el grupo de Jefes de Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos, advirtió que el poderío naval soviético pone ya en peligro la supremacía de la Marina de Guerra norteamericana en los mares de todo el mundo. El contraalmirante sueco Góte Blom es de la misma opinión: "La flota rusa está en todas partes". Ya en 1975 los soviéticos demostraron escalofriante rapidez y eficacia en sus maniobras navales. Participaron en ella 220 unidades, repartidas en el Atlántico septentrional y meridional, el Mediterráneo, el océano Indico y el Pacífico.

El hombre a quien se debe el fortalecimiento naval sin paralelo de la Unión Soviética es el almirante de la flota Sergei Gorshkov. Poco conocido en Occidente, ha cumplido ya 20 años al mando de la Armada de su país.

Nacido en Ucrania en 1910, de padres campesinos, Sergei, a la edad de 17 años, logró ser admitido en la Escuela Naval de Leningrado. Navegó sin percances por entre las purgas polí-

ticas del decenio de 1930 a 1939, cuando fue eliminado un sector importante del cuerpo de oficiales, y a mediados de 1942, a los 32 años, era ya contraalmirante, el más joven en los anales rusos. En 1956, año del llamado "Congreso de Desestalinización", el "desestalinizador" Nikita Jrushof destituyó al viejo almirante Kuznetsov y puso a Gorshkov al mando de la flota.

Con Gorshkov la Armada soviética empezó a reformar su estrategia. Los norteamericanos habían puesto en servicio el primer submarino nuclear y, en 1958, el primer portaaviones impulsado por energía nuclear. Quedó de manifiesto entonces que los portaaviones norteamericanos podrían hacer llegar su poderío aéreo hasta las costas soviéticas. Discretamente, Gorshkov abandonó la vieja doctrina rusa de la defensa cerrada de los litorales nacionales y empezó a trabajar en una nueva y agresiva estrategia de barcos, de muchos barcos para reemplazarla. Cuando Jrushof cayó del poder, en 1964, lo sustituyó Brezhnev, viejo amigo de Gorshkov, y entonces se tendieron las quillas de 16 nuevos submarinos nucleares y se inició la construcción de una flota de superficie de barcos de apoyo, inclusive cruceros. Con eso Moscú emprendió nada menos que una carrera por el dominio de los océanos del mundo. Rusia ha construido su propia base aérea en Conakry, en la costa occidental de África; allí disfruta de derechos portuarios y ha destacado en ese lugar a 3.000 de sus "consejeros".

Casi un mundo aparte, los barcos soviéticos se valen del puerto de Cienfuegos, en Cuba. Apenas alguna de las antiguas potencias coloniales se retira de algún rincón del mundo, cuando ya los rusos acuden a llenar el vacío, especialmente en el océano Indico.

En 1968 aparecieron allí los primeros barcos de guerra soviéticos. Actualmente, por lo menos 20 unidades de la Flota Roja operan en aquella región día tras día. La URSS ha construido instalaciones portuarias en Hodeida (Yemen), Berbera (Somalia), Umm Qasr (Irak) y en las islas Andaman. También tiene instalaciones en Mogadiscio (Somalia), en las islas Socotra y en Adén, así como derechos de puerto en Zanzíbar, en Massawa (Etiopía) y en Madrás y Vishakhapatnam (India).

Pasó ya la época en que los EE.UU. podían intervenir en algún problema extranjero

sin ningún riesgo. En 1968 pudieron hacerlo todavía en el Líbano, pero en la guerra del Oriente Medio de 1973 los soviéticos se encontraban ya lo suficientemente preparados para presentar un ultimátum a los norteamericanos. Moscú amenazó intervenir si Washington no impedía nuevas incursiones de Israel a través del Canal de Suez. Pero no fue necesario, ya que EE.UU. logró persuadir a los israelíes.

EE.UU. tiene en servicio 13 portaaviones, dos de ellos nucleares, pero la superioridad de los proyectiles soviéticos de superficie a superficie respecto a cualquier otro comparable de que disponga el Occidente, ya nadie la pone en duda, menos los especialistas de la OTAN. Se asegura que el sistema SSN—13, sistema instalado en los submarinos soviéticos de la clase "Golf", tienen alcance de 600 kilómetros y velocidad 4 Mach, cuyo propósito es neutralizar a los portaaviones enemigos.

Lo que más preocupa todavía a los peritos occidentales es el intento que hace Moscú de alcanzar a Occidente en fuerzas navales de superficie.

En la actualidad grandes formaciones de barcos soviéticos de superficie están impulsadas por turbinas a gas, que les permiten ser un 300/o más rápidas que las movidas por máquinas diesel.

Con todo, se perfila una carrera de armamentismo como nunca antes ha habido en el mundo. Pruebas al canto: EE.UU. se dispone a gastar durante los próximos cinco años 37.000 millones de dólares en la construcción de 111 barcos para su flota de guerra. Asimismo, la URSS, que sufre disminución de su índice de crecimiento, malas cosechas y endeudamiento exterior, dedica el 40/o de su producto nacional bruto para la construcción de barcos de guerra.

¿Qué se propone la Unión Soviética con su enorme fortalecimiento?

Ni aun los especialistas de la OTAN pueden decirlo. Lo seguro es que la URSS ya no está a la defensiva; más bien, es evidente que monta una fuerza naval ofensiva. Naturalmente, el incremento de la Marina del almirante Sergei Gorshkov no agrava necesariamente el peligro de una guerra, mientras las grandes potencias sigan dispuestas a arreglar sus diferencias.

(Extractado del "Reader's Digest")